

del hombre, y la suprema necesidad de una disciplina sin la cual la especie, el Estado y la familia peligran, cuando no perecen de repente, es uno de los mayores empeños de todas las épocas y de todas las civilizaciones. Aún este empeño es considerado, en la exaltación de la riqueza y del poder por el espíritu moderno, con la frivolidad y el diletantismo que echa a perder y confunde hoy todos los grandes problemas de estética, de filosofía, de política, de moral. Vivimos en medio de aquellos que pudieran llamarse los Saturnos de la historia del mundo, en cuyos clamores no sentimos ya lo trágico de la vida. Esta breve historia de las mujeres de los Césares resucitará ante los ojos de los modernos una de aquellas tragedias en medio de cuyas tenebrosas amenazas vivían nuestros antepasados fortaleciendo sus ánimos.

LIVIA

II

LIVIA

I

EN el año 38 a. de C., el más joven de los *triunviri reipublicat constituendac*, el colega de Marco Antonio y de Marco Emilio Lepido, en la dictadura militar, constituida después de la muerte de los Césares, Cayo Julio César Octaviano, preguntaba con urgencia al colegio de los pontífices, que era la suprema autoridad religiosa de la república, si una mujer encinta podía divorciarse y contraer nuevas nupcias antes del parto. El colegio de los pontífices contesta que no podía si la concepción era todavía dudosa; pero si era segura no había impedimento. Después de lo que en pocos días el joven *triunviro* — tenía entonces veinticinco años — repudiaba a *Seribania* y desposaba a Livia, joven señora de diez y nueve años que precisa-

mente se encontraba en aquellas condiciones en torno a las que la sabiduría de los pontífices había sido interrogada, y que, para desposarlo, se había divorciado de Tiberio Claudio Nerón. Si bien los grandes de Roma fuesen expeditivos en estos asuntos, los dos divorcios y el nuevo matrimonio se hicieron aún más pronto que de costumbre. No sólo Tiberio Claudio Nerón cedió graciosamente a la joven y bellísima mujer, sino que la aseguró además para el nuevo matrimonio, como si fuese su padre, una dote y asistió al festín nupcial. Livia pasó en seguida a la casa del nuevo marido, en donde tres meses después dió a luz un niño que fué llamado Druso Claudio Nerón, que fué enviado por Octavio a la casa del primer marido, como cosa que no le pertenecía.

Semejantes costumbres serían para nosotros de promiscuidad y de lenocinio. En cambio en Roma, avezados todos a ver hechos y deshechos de este modo los matrimonios de los grandes personajes, nadie se hubiera asombrado de aquellos divorcios y de aquella boda, si no hubiera sido por aquella extraordinaria prisa por la que no se quiso o no se pudo esperar a que Livia diese a luz el hijo del primer marido, y fué necesario molestar al colegio de los pontífices para obtener un consentimiento más bien sofisticado. ¿Por qué razón fué celebrada esta boda precipitadamente y de común acuerdo entre todos,

según parece? ¿Por qué no solamente Livia y Octavio, sino todos, hasta Tiberio Claudio Nerón, parecen tan impacientes de que todo se termine lo más pronto posible? La leyenda casi hostil bajo todos sus aspectos que persigue a la familia de Augusto desde hace veinte siglos, ha descrito este matrimonio como un alarde de poder y poco menos que un rapto del disoluto y perverso triunviro. Historiadores menos malévolos, entre los cuales el que escribe, en su *Grandeza y decadencia de Roma*, supusieron en esta prisa una explosión de amor por la bellísima Livia, que había trastornado al joven triunviro.

Pero una más detenida reflexión me ha persuadido que de este matrimonio hay otra explicación, menos poética acaso, pero más romana. ¿Qué eran Livia y Octaviano, uno respecto al otro, en aquellos procelosos años en los que la gloriosa república estertoreaba en tierra medio destrozada por la dictadura militar, que la había derribado y le apretaba la garganta? Livia no era solamente una bellísima mujer, como atestiguan sus retratos, sino que, además, pertenecía a dos de las más antiguas e ilustres familias de la nobleza romana. Su padre, Marco Livio Druso Claudiano, proscrito por los triunviros en el 43, y muerto después en *Filippe*, era nada menos que un Claudio adoptado a un Livio Druso, Descendiente de *Appio Cieco*, el famoso

ensor y quizás el personaje histórico más ilustre de la antigua república; nacido de una familia en la que el abuelo y el bisabuelo y el tatarabuelo habían sido cónsules, y un número no menos de cónsules y de censores ensalzaban las ramas colaterales. Una hermana de su abuelo había sido mujer de Tiberio Graco, y una prima de su padre se casó con Lúculo, el conquistador de Asia, y había entrado, por adopción, en la familia de los Livios Drusos, que contaba ocho consulados, dos censuras, tres triunfos, una dictadura. Perteneecía, en suma, por nacimiento y por adopción, a dos de aquellas antiguas familias aristocráticas a las que el pueblo no había cesado nunca de amar, ni aun en medio de las más tremendas revoluciones, como semidioses y cuya historia se enlazaba con toda la historia de la república. No menos noble era el primer esposo de Livia, que con tanta prisa la había cedido, puesto que descendía de otro hijo de Appio Cieco. Livia era, pues, la encarnación femenina de la gran aristocracia romana, de su gloria y de su tradición.

¿Quién era, en cambio, Octaviano? Un hidalguero de fresca data. Su abuelo era un rico usurero de Veiletri. El padre fué el primero de la familia que, con las riquezas del usurero, había logrado insinuarse clandestinamente en la nobleza romana, desposando a una hermana de César; entró en el Senado y llegó a pretor; pero

murió todavía joven. Octaviano era, pues, según diríamos hoy, el descendiente de los ricos burgueses ennoblecidos recientemente, y aun cuando César, adoptándolo en el testamento, le hubiese dado un antiguo nombre patricio, su origen modesto y la profesión del abuelo eran conocidos por todos en Roma. En un Estado en el que, aun después de tantas revoluciones, era venerada todavía la nobleza de antiguo linaje, como el más legítimo y menos controvertido título del poder, esta obscuridad de orígenes era un peligro, máxime para un dictador que era un mediano general, que no había llevado a cabo ninguna gloriosa empresa de guerra y que no podía vanagloriarse hasta entonces más que de enredos, perfidias, violencias y rapiñas en la guerra civil.

Considerando esta diferencia, y descartado que el amor hiciese una de las suyas, podremos explicarnos por qué el futuro Augusto estuviese tan impaciente por desposar a Livia, en el 38 a. de C. Los tiempos eran provechosos. El joven triunviro, al que un capricho inexplicable de la fortuna había hecho a los veinte años partícipe de una dictadura revolucionaria, era, por la edad, por la poca experiencia, por la falta de prestigio y, finalmente, por la obscuridad de su origen, el más débil de los tres colegas. Antonio, que tantas guerras había hecho, solo y con César, que pertenecía a una familia de antigua y

auténtica nobleza, que era mucho más admirado y querido por los soldados, era mucho más poderoso que él. Casándose Octaviano con Livia, entraba, aunque oblicuamente y como un intruso, en la vieja aristocracia, que era la única a quien el pueblo reconocía positivamente el derecho de ejercitar las supremas cargas de la república. De esta manera legitimaba un poco su poder, a semejanza del antiguo oficial corso que, hecho emperador de Francia, había tratado de legitimar su fortuna desposando a la hija de un verdadero emperador. Y puesto que una señora que pertenecía a una de estas familias estaba dispuesta a tomarlo como esposo, no convenía poner tiempo de por medio; los tiempos y la fortuna podían cambiar...

Pero si estos motivos pudieron inducir al futuro Augusto a precipitar la boda, ¿cómo y por qué razones consintió Livia, en tiempos tan provechosos y cuando la fortuna del futuro Augusto era incierta todavía? Según un pasaje de *Velleio* (2, 94) habríamos de creer que quien imaginó y combinó este matrimonio fué precisamente... el primer marido de Livia. Velleio fué un amigo, un confidente, lo que hoy llamaríamos un oficial de órdenes de Tiberio. Pudo, pues, enterarse de este secreto de familia por Tiberio, a quien la madre debió haber enterado cómo se había hecho el famoso matrimonio. Por esto, el testimonio de Velleio es de una gran autoridad. Puesto

que los grandes de Roma no sólo no rehusaban, sino que creían sinceramente que debían servirse de la mujer en las formas legales del matrimonio para gobernar el Estado, no es punto inverosímil que Tiberio Claudio Nerón, considerando que la revolución había vencido, pensase que debía reconciliarse con ella la antigua nobleza, y combinase este matrimonio para preparar la reconciliación. Falto de juventud, cansado, agotado y desilusionado de la guerra civil, enfermizo (murió poco después) Nerón, que había conocido quién era Livia, pensó, quizás, que una mujer tan bella y tan inteligente, mientras en su casa no servía para gran cosa, desposada con el más joven, con el más débil, con el más influenciado de los triunviros... Si Velleio está en lo cierto, Tiberio Claudio Nerón fué el ignoto político que supo emplear a tiempo un pequeño expediente, fecundo en grandes efectos. Con la entrada de Livia en la casa de Octaviano, la antigua nobleza romana lanzaba al cuello del más joven entre los jefes de la revolución una de las cadenas más dulces y ligeras de peso y más difícil de romper y sacudir: los brazos de una mujer bella e inteligente.

II

Y Livia no defraudó las esperanzas de los suyos, puesto que por espacio de más de medio

siglo fué en la casa de su nuevo marido el genio discreto y siempre vigilante de la antigua Roma. Era difícil imaginar un más perfecto modelo de la mujer de gran linaje, tal cual los romanos la deseaban intensamente desde hacía tantos siglos, que supiese, en la admirable armonía de una larga existencia, ajustar mejor la contradicción entre la libertad concedida a su sexo y la abnegación que se le imponía como un deber. Equilibrada, serena, virtuosa, se amoldó sin dificultad a todos los sacrificios que el rango y los tiempos le impusieron. Dejó sin gran dificultad a su primer marido; se casó con Octaviano cinco años después de las prescripciones, cuando aún estaba manchado de sangre de los suyos; renunció, desposándolo, a sus dos hijos: el futuro emperador Tiberio, que ya había nacido, y el que nació después de su matrimonio; se hizo cargo de ellos nuevamente con igual serenidad, y los educó con la más maternal solicitud, cuando de allí a algunos años murió Tiberio Claudio Nerón, nombrando tutor a Augusto. Del segundo marido, que la razón de Estado le había impuesto, fué compañera fidelísima. La leyenda le atribuyó beneficios absurdos, ambiciones fantásticas e intrigas novelescas; pero ni aun la leyenda, tan rencorosa de por sí, se atrevió nunca a acusarla de infidelidad ni de disolución. Ni el inmenso poder, ni la inmensa gloria, ni las riquezas inmensas del marido, fueron

bastantes para turbarla, para alterarla o echarla a perder. En el palacio de Augusto, ornado de perpetuos laureles, blanco de todas las miradas del inmenso imperio que se extendía del Eufrates al Rin y centro de reunión de los hombres más eminentes del Senado, que en breves conciliábulos trataban los intereses más grandes del mundo, conservó la hermosa tradición de sencillez y de actividad que había aprendido desde su niñez en casa de sus padres, resplandeciente, si no de riquezas, de gloria. Sabemos—nos lo cuenta Suetonio—que la casa en la que Livia pasó la mayor parte de su vida, construída por Augusto sobre el Palatino, era pequeña y poco fastuosa. Ni un solo pedazo de mármol, ni preciosos mosaicos; los muebles eran tan sencillos que en el siglo segundo de la era vulgar se enseñaban todavía al público como curiosidad. Ni lujo ni rumbo en las comidas, a las que a menudo invitaban Livia y Augusto a los conspicuos personajes de Roma, a los magistrados de la reconstituída república, a los jefes de las grandes familias. Sólo en ocasiones solemnes se servían seis platos; de ordinario, tres solamente. Durante cuarenta años durmió siempre Augusto en la misma habitación, y no llevó más togas que las tejidas por Livia, si no precisamente por sus propias manos, que de vez en vez no desdeshaban emplearse en los telares, por las de sus esclavas y libertas. Esclava de las tradiciones

de la aristocracia, Livia dirigía también los talleres de tejido de su casa; pensando contribuir asimismo a la prosperidad y grandeza del imperio, midiendo con cuidado la lana a las esclavas, vigilándolas para que no la robasen ni la echaran a perder, y mezclándose de vez en cuando con ellas mientras trabajaban.

Sencillez, fidelidad, laboriosidad, consagración entera de la propia persona a la familia y sus intereses; estas virtudes femeninas, cultivadas por la tradición en las grandes familias romanas, revivieron todas en Livia, entre la admiración de sus contemporáneos. Mas, con estas virtudes, revivió también el interés por la política, el deseo y el orgullo de participar de las vicisitudes y trabajos del marido, comunes a todas las mujeres de algún mérito en las grandes familias. Nadie se sorprendió, nunca, en Roma, de que Augusto recurriese a menudo a Livia en busca de consejo ni de que no tomase nunca ninguna decisión grave sin haberla consultado antes: que ella atendía al mismo tiempo a vestir a su marido y a ayudarle a gobernar el imperio. Así habían hecho todas las matronas de la nobleza, cuidadosas de su buena fama y de la prosperidad de su familia. Livia había de ser tanto más inflexible y rígida en los sagrados deberes de la tradición, por cuanto los tiempos no podían parecer amenazadoramente peligrosos a una mujer educada a la antigua y en una anti-

gua familia. Si la guerra civil había diezmado a la aristocracia de Roma, la paz amenazaba a los que quedaban con una nueva y más insidiosa ruina. Cuando Livia tocaba a los cuarenta años, hacia el 18 a. de C., ya la nueva generación, que no había visto la guerra civil, porque estaba en la niñez o no había nacido cuando aquella terminaba, entraba en la vida ávida de lujo, de disipaciones, de goces, de libertad y de todas aquellas novedades que, poco a poco, minaban la república aristocrática, reconstituída con tantos sudores. Las mujeres empezaban a rebelarse contra los matrimonios por Razón de Estado; el celibato se difundía, acabando con la descendencia de las más célebres estirpes; muchos vicios y desórdenes eran ya tolerados en las más ilustres familias; la aristocracia, tan sencilla y austera en los buenos tiempos antiguos, se entregaba al lujo mientras el Egipto conquistado conquistaba a su vez a Roma, y las antiguas artes del lujo floreciente de Alejandría, bajo los Tolomeos, se transplantaban a Roma, esperando encontrar entre los nuevos dominadores los clientes perdidos con la caída del reino de Egipto. Las mujeres se apasionaban por las nuevas formas orientales; pedían a los maridos telas de gran lujo y tenían horror al telar, antiguo emblema de la mujer. Muchos de los jóvenes de las grandes familias volvían las espaldas a la milicia, a la magistratura, a la jurisprudencia; esto